

# Chechenia como reflejo de las dinámicas políticas de Rusia

## Chechnya as a reflection of Russia's dynamic policy

**Francesc Serra Massansalvador**

Profesor de Relaciones Internacionales, Universitat Autònoma de Barcelona.  
Investigador del Observatorio de Política Exterior Europea (OPEE)  
francesc.serra@uab.cat

### **RESUMEN**

La República de Chechenia ha sido un asunto recurrente en los procesos políticos que ha experimentado Rusia desde 1991, ya sea como región secesionista, escenario bélico o marco de despotismo y corrupción locales. Al mismo tiempo, desde Chechenia se ha extendido una influencia nociva al resto de Rusia en forma de atentados terroristas, persecución de defensores de derechos humanos o reflejo de sentimientos profundos sobre la región que han ahondado en la sociedad rusa, con su proyección política correspondiente. En cualquier caso, la cuestión chechena ha puesto en jaque a menudo a las autoridades rusas, que han debido demostrar su capacidad de controlar una región rebelde y unas fuerzas insurgentes con el menor deterioro a las libertades políticas de los ciudadanos. Y lo han hecho hasta ahora con escaso éxito.

*Palabras clave: Rusia, Chechenia, conflicto, derechos humanos*

### **ABSTRACT**

The Republic of Chechnya has been a recurring issue in Russia's political processes since 1991, whether as a secessionist region, a conflict scenario or as a setting for despotism and local corruption. At the same time, a noxious influence has spread from Chechnya to the rest of Russia in the form of terrorist attacks and the persecution of defenders of human rights, and which is reflected in Russian society's deeply-rooted feelings about the region, with the corresponding political consequences. In any event, the Chechnya question has often threatened the Russian authorities, which have been forced to demonstrate their ability to control a rebellious region and its insurgent forces with the least possible damage to the political freedoms of their citizens. So far, they have not met with much success.

*Keywords: Russia, Chechnya, conflict, human rights*

Si nos fijamos en la prensa general o incluso en la especializada occidentales, el conflicto de Chechenia ha desaparecido desde hace tiempo de las agendas internacionales y en muchos casos se considera como un conflicto resuelto, superado o simplemente bajo una dinámica limitada que coloca su actividad y consecuencias bajo control de un orden administrativo y político *estables*. Lo cierto es que el conflicto en sí ha dejado prácticamente de tener ramificaciones internacionales, lo cual, sumado a un descenso innegable en la mortalidad del mismo, provoca su desaparición de los medios de comunicación occidentales y la sensación de que se trata de un conflicto del pasado; por lo tanto, un conflicto superado.

En realidad, la propia evolución del conflicto ha seguido un curso que hacía difícil realizar cualquier pronóstico. En 2003, el presidente Vladímir Putin dio por terminada oficialmente la operación militar en el territorio, sin retirar, sin embargo, sus efectivos militares ni paralizar sus operaciones sobre el terreno, pero dando por acabada así la asistencia a los refugiados del conflicto e impidiendo la actividad de las organizaciones internacionales sobre el terreno. En aquel momento las proyecciones más habituales pasaban por una toma del poder del Gobierno ruso de un modo más o menos directo, con un escaso papel para los colaboracionistas locales, con el mantenimiento de la represión y la expansión geográfica de una insurgencia centrada en acciones terroristas. Ocho años más tarde, estas predicciones se pueden considerar poco acertadas. Por un lado, el Kremlin ha premiado a sus aliados caucásicos con amplias cotas de poder local, lo cual ha comportado un cierto enfrentamiento político y, sobre todo, administrativo entre las autoridades prorrusas de Grozni y el Gobierno ruso de Moscú. En segundo lugar, la represión se ha mantenido, muy especialmente en los primeros años de la *pax russa*, pero ha ido menguando a medida que la oposición armada ha perdido su implementación e influencia en las zonas más pobladas de Chechenia, hasta convertirse en una estructura corrupta, caciquil y clientelar donde, simplemente, la mayor parte de la población se ve sometida a un poder administrativo asentado sobre la victoria militar del Ejército ruso al que había ayudado la nueva élite. Por último, la insurgencia ha permanecido e incluso ha mantenido una sangrienta actividad que ha alimentado la continuidad de la represión, pero la pérdida de los líderes más carismáticos, junto con las derrotas en el terreno estratégico y la progresiva atomización y radicalización del movimiento han facilitado la marginación de unos grupos que raramente representan ya el sentir de una población que no se ve representada por ninguna organización ni institución de las que dicen representarla.

En cualquier caso, las características del conflicto han variado ostensiblemente, pero no así sus causas estructurales. Las guerras de Chechenia (1994-1996, la primera; 1999-2003, la segunda) han sido a la vez metáfora y reflejo de la crisis en la que se ha visto sumida la Federación Rusa tras la disolución de la Unión Soviética, de sus implicaciones internacionales, de la imagen del victimismo nacionalista ruso, de los intereses exteriores

sobre el país y, por último, de la desidia e inoperancia internacional hacia los asuntos internos de Rusia. Y la estabilización en un ambiente de represión y tensión permanente en Chechenia se ha visto como un claro símbolo de la cohesión de un poder político fuerte en el Kremlin, con claro apoyo social pero con bases democráticas endebles, en el mejor de los casos. Veamos en detalle estos aspectos que enlazan lo que aparentemente sería un conflicto localizado con la cohesión y el fortalecimiento de una potencia militar y política de las dimensiones de Rusia.

## EL CONFLICTO COMO REFLEJO DE LA DEBILIDAD (O FORTALEZA) DEL ESTADO

No es casualidad que el conflicto checheno estallara, por lo menos en la fase con la que nos hemos familiarizado, de modo paralelo a la desintegración de la Unión Soviética. En agosto de 1991, mientras los sectores ultramontanos del Partido Comunista y del Ejército soviético intentaban, en Moscú y en Crimea, detener la historia y salvar un Estado y una revolución en la que cada vez creían menos ciudadanos, precisamente un general del ejército del aire, Dzhojar Dudáyev, se hacía con el control de Grozni con intenciones manifiestas de llevar a Chechenia hacia la independencia. En aquel momento los hechos fueron eclipsados por acontecimientos mayores que, como sabemos, acabarían con el Estado soviético. De hecho, ante el surgimiento de quince nuevos estados en una situación política y jurídicamente confusa, el hecho de que una diminuta región casi olvidada hubiera proclamado su propia independencia pasó totalmente desapercibido para la comunidad internacional, pero incluso para la sociedad rusa y soviética no parecía entonces el principal elemento de distracción. Una vez pasadas las primeras turbulencias, el presidente soviético Mijaíl Gorbachov intentó controlar la situación mandando tropas a Grozni, pero esta expedición fue frenada por el presidente ruso Boris Yeltsin, en lo que sería un serio desencuentro y una desautorización inaudita en materias tan delicadas como el Ejército y la integridad territorial de la propia Rusia. La confusión producida por el solapamiento de poderes y la posterior inactividad tanto de la moribunda URSS como del nuevo Estado ruso beneficiaron al proyecto independentista de Dudáyev y ahondaron la imagen de inercia e ineptitud de los viejos y nuevos inquilinos del Kremlin.

En este primer período de independencia chechena se consolidaron dos sentimientos simétricos. Por un lado, el pueblo checheno reforzó un sentimiento de cohesión nacional que había quedado profundamente aletargado desde la deportación masiva de este pueblo, en 1944. Por el otro, una Federación Rusa en vías de recuperación y refor-

mulación nacional veía en la existencia de esta República rebelde una grave amenaza a su propia cohesión, en un sentido no exclusivamente geográfico. El primer sentimiento, el de construcción nacional chechena, no deja de ser paradójico; si bien es cierto que los chechenos, con otros pueblos caucásicos, se habían enfrentado en numerosas ocasiones al expansionismo o simplemente al poder ruso/soviético, no hay que olvidar que la propia identidad chechena e incluso su etnónimo son constructos recientes, frutos del ansia de categorización de las autoridades moscovitas. Los chechenos no se habían distinguido excesivamente ni en rasgos culturales, ni en sentimiento identitario, ni en proyecto político de la mayoría de sus vecinos caucásicos. En realidad, incluso el proyecto secesionista de Dudáyev parte de la restauración (o invención) de una identidad de los pueblos “de la Montaña”, como denota su primera organización marco, la Confederación de los Pueblos del Cáucaso. Este discurso pancaucásico (o *panmontañés*) será mantenido hasta nuestros días por el movimiento radical de la región, que incorpora a numerosos no chechenos, pero la peculiar evolución de los hechos en Chechenia hará que los miembros de este pueblo consoliden su conciencia de colectividad y una identidad que, de hecho, ya estaba muy asentada, sobre todo desde la deportación de 1944. En realidad, la primera gran frustración del proyecto secesionista se produce en 1991, cuando los ingusetios, pueblo que estaba unido a los chechenos por fuertes vínculos culturales y por una administración común, deciden renunciar al proyecto de Dudáyev y crean su propia República, afín a Moscú.

Por su lado, la sociedad rusa, en vías de recuperación del hundimiento de la URSS, percibía con creciente alarma las ansias independentistas de Chechenia. La desaparición de un espacio, el soviético, considerado como propio para los rusos, en el que se reflejaba su historia y su identidad colectiva, se consideraba mayormente como una tragedia histórica de difícil digestión, pero su explicación jurídica radicaba en el derecho a la autodeterminación que reconocía la Constitución soviética a las Repúblicas Socialistas Soviéticas. La pérdida de una región, por pequeña que esta fuese, en un círculo adicional de *seguridad nacional*, es decir, en territorio *incontestablemente* ruso, abría una nueva caja de Pandora que podía dar lugar a un efecto contagio a 19 regiones más en esta situación administrativa, pero sobre todo significaba la perpetuación de un sentimiento de humillación y vulnerabilidad que atenazaba al Estado y a la sociedad rusos durante los años noventa.

Se ha dicho en repetidas ocasiones que la intervención del Ejército ruso sobre Chechenia en 1994 halló a la sociedad chechena unida y a la rusa desunida, mientras que en la segunda intervención, en 1999, la situación era exactamente la contraria. Es posible, pero aun así hay que tener en cuenta el carácter patriótico y *salvífico* de la intervención de 1994. En los primeros años del nuevo Estado poscomunista, Rusia presentaba preocupantes similitudes a un Estado fallido: servicios sociales en disminución, poca conexión y menor control entre producción, distribución y mercado, escasa presión fiscal, altos niveles de corrupción, débil autoridad del Estado central sobre las

administraciones periféricas, pérdida de confianza de la sociedad hacia el Gobierno y hacia el Ejército y falta de control efectivo del Estado sobre parte del territorio nacional. Yeltsin quiso aprovechar un aparente repunte de su autoridad y del momento económico del país, en 1994, encarando el que parecía el más acuciante de estos problemas, o por lo menos el más fácil de resolver. No fue así, como sabemos, y ello agudizó aún más la sensación de desconfianza social, de inoperancia política y, en definitiva, de humillación de Rusia como país (Taibo, 2004).

Probablemente el error de Yeltsin en la operación de 1994 fue el exceso de confianza. Confianza en una victoria rápida, desde luego, pero también confianza en el apoyo popular a su iniciativa. Por eso en la segunda intervención, en 1999, se intentó garantizar la máxima cohesión social alrededor del Gobierno, del Ejército y del nuevo responsable de la acción, un poco conocido Vladímir Putin. Esta segunda intervención se ha visto a menudo como una campaña electoral destinada a catapultar a Putin a la Presidencia, lo que sucedería pocos meses después. Puede ser, pero ante todo fue una campaña propagandística de recuperación del orgullo ruso. La voluntad de superación de una situación anómala, que impedía el definitivo resurgir de Rusia, consiguió aunar en esta ocasión a gran parte de la sociedad rusa en torno a una campaña, por lo demás, muy parecida a la que había habido cinco años atrás y que había despertado una cierta repulsa social y política. Para entender el cambio de actitud social hay que recordar que la campaña militar vino precedida por una fuerte campaña propagandística en la que se acentuó la imagen de caos en la que se había visto sumida Chechenia en su aventura independentista, además de la crueldad de los insurgentes, su radicalización islamista y la extensión de un etéreo *clamor* del pueblo checheno para un retorno a la *normalidad*. Se creó así un estado de alarma colectiva que justificaba y apoyaba la iniciativa militar del Gobierno sobre la región (Vázquez Liñán, 2005). Recordemos que la intervención fue precedida por una sangrienta ofensiva de fuerzas radicales chechenas sobre Daguestán, así como de una serie de explosiones sobre objetivos civiles en ciudades rusas con centenares de víctimas y cuya autoría despertó, y sigue despertando, razonadas suspicacias (Politkóvskaya, 2007; Serra, 2005; Sainz, 2002).

El restablecimiento del control ruso sobre Chechenia se ha visto sin lugar a dudas como un prelude intrínsecamente ligado a la popularidad de Vladímir Putin, pero también se asocia con frecuencia a la recuperación del orgullo ruso, tan denostado en la era Yeltsin, e incluso a la recuperación económica y política de Rusia. De hecho, no es frecuente encontrar en la clase política, en la académica o en las calles de Rusia a gente dispuesta a poner en tela de juicio por razones humanitarias las acciones de Rusia en Chechenia; los réditos son evidentes, o así lo parecen, con una nación territorialmente consolidada y que puede volver a presentarse al mundo como una potencia indiscutible. El precio, si acaso, lo ha pagado una minoría nacional culpable como mínimo de aventurismo, pero una nación de la enjundia de Rusia, se podría decir, puede permitírselo.

## CONNOTACIONES INTERNACIONALES DE UN CONFLICTO INTERNO

Esta recuperación del orgullo nacional pasa por otra vinculación tradicional del inconsciente colectivo ruso a la debilidad de la propia Rusia: la conspiración exterior. En realidad, no se trata de un elemento exclusivamente ruso, cualquier nacionalismo, y muy especialmente en un país de gran tradición como potencia, está alerta hacia la competencia internacional. En el caso de Chechenia, las implicaciones externas son innegables. Por un lado, existe una cierta alarma conspirativista, arraigada en la tradición rusa y fomentada por la experiencia soviética, que tiende a adjudicar a las potencias *enemigas* la incapacidad de la nación rusa de hallar su propio destino. A principios de los años noventa estaba muy extendida entre la sociedad rusa y gran parte de la élite política del país la idea de que la URSS se había disuelto exclusivamente por la presión deliberadamente realizada desde Occidente en este sentido. Según este esquema, que hay que contextualizar en un período de agudas transformaciones, la secesión de Chechenia obedece a la misma intención y a las mismas reglas y podía ser perfectamente el preámbulo a una nueva eclosión del espacio nacional ruso.

Por otro lado, sí existe una injerencia externa real. Apenas se produjo la intervención de 1994, se extendió una condena casi unánime por todo el mundo occidental, además de por Oriente Medio y, tal vez de un modo más significativo, por Europa Oriental. Los evidentes abusos cometidos por el Ejército en su avance guardaban una similitud excesiva con la imagen de barbarie, real o propagandística, que en muchas partes se tenía de la actitud de Rusia en sus acciones militares de un pasado no muy lejano. Fue en países recién independizados, como Ucrania o Estonia, donde la reacción contra Rusia fue más virulenta, pero en las instituciones de Europa Occidental, tanto nacionales como regionales (Sainz, 2002), hallamos una protesta sistemática y organizada. Como es evidente, esta reacción de repulsa a una acción que Moscú consideraba legítima dio origen a su vez a una contrarreacción xenófoba y antioccidental que agudizaría el victimismo nacionalista ruso. Desde Rusia no se comprendía por qué se condenaba una intervención de carácter exclusivamente interno por motivos de derechos humanos, los cuales tampoco eran respetados en gran parte del mundo, incluyendo algunos de los países que se escandalizaban; la razón de tal condena se relacionó desde los medios de comunicación rusos con esa ansia de control e intervención externa para coartar los legítimos planes rusos de recuperación. En realidad, esta interpretación no resultó ser muy errónea, dada la susceptibilidad que, de un modo simétrico, se hallaba en gran parte de la opinión pública occidental hacia Rusia (Evangelista, 2003).

Rusia se vio, así, condenada al ostracismo internacional durante la primera fase de la intervención hasta el verano de 1995. Como consecuencia de esta situación, Moscú vio aplazado su ingreso en organizaciones internacionales como el Consejo de Europa o la firma de importantes tratados como el Acuerdo de Asociación y Cooperación con la

Unión Europea (Cucó, 2002). La ausencia de una interacción entre Rusia y las potencias internacionales, por otro lado, propició acciones en el marco global contrarias a los intereses de Rusia, como en Bosnia. El discurso antioccidental y nacionalista del ministro ruso de Asuntos Exteriores, Yevgueni Primakov, por otra parte, contribuyó a esta falta de entendimiento. La plena reintegración de Rusia a un entorno *normalizado* entre potencias no se produjo, en realidad, hasta que Moscú se vio impelido a aceptar ayuda financiera internacional a raíz de la crisis monetaria que azotó este país en 1998.

La primera guerra de Chechenia se convirtió, pues, en un teatro de enfrentamiento internacional para la Rusia de Yeltsin. Vladímir Putin, por su parte, enfocó la cuestión en un tono más conciliador, a pesar de la retórica nacionalista enardecida del nuevo presidente. Como hemos visto, la segunda intervención del Ejército ruso sobre Chechenia, en 1999, mantuvo muchas características de la primera, incluyendo abusos sobre población civil, violación continua del derecho tanto civil como de guerra, secretismo, utilización de comandos especializados en tortura y asesinato, etc. A pesar de ello, la condena internacional se vio limitada a determinados sectores de la prensa occidental y a algunas instituciones, como la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa o la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), que se verían posteriormente deslegitimadas o silenciadas por los estados miembros. Resulta evidente que Vladímir Putin, para su intervención, no quiso dejar al margen a las potencias occidentales, y evitó así una situación de enfrentamiento e internacionalización que, muy probablemente, nadie deseaba. De este modo, si en 1994 los países occidentales y las organizaciones internacionales pecaron de un excesivo intervencionismo, al instrumentalizar unos derechos humanos individuales y colectivos que solo ocultaban un mal disimulado deseo de injerencia, en 1999 los mismos estados y organizaciones pecaron de un excesivo respeto a la soberanía rusa al silenciar los abusos cometidos por el Ejército ruso en pos de la estabilidad y seguridad internacionales. Ello fue en detrimento no solo de los derechos –y, en muchos casos, las vidas– de los chechenos, sino también del papel que podían haber desempeñado los derechos humanos y las instituciones internacionales en el nuevo orden mundial.

Es cierto que desde Occidente no se busca la incomodidad de Rusia, que produce de un modo inmediato la incomodidad –o la inestabilidad– de Occidente. El contexto internacional del primer lustro del siglo XXI y la priorización de la seguridad que se produjo en este período se adecuaron perfectamente al pensamiento de Putin y también potenciaron el buen entendimiento entre Rusia y Occidente. A partir de la elección de Putin como presidente, Rusia estimuló un entendimiento táctico con la Unión Europea, que se convertiría en el principal cliente comercial y en el comprador masivo del caudal ruso de hidrocarburos, ahora el principal motor de una regenerada economía rusa. Pero Putin también halló una perfecta sintonía con la doctrina de George W. Bush, quien vio reflejadas sus propias amenazas estratégicas en la cuestión chechena, presentada ahora como un prelude de la inquina islamista contra el orden internacional y los intereses de todas las potencias. El encuentro entre Bush

y Putin en Texas en octubre de 2001 marcó el inicio de una nueva era de cooperación en la que, por fin, Rusia participaba en proyectos globales de seguridad con Occidente y se sentía comprendida, en el ámbito internacional, en su pesadilla chechena.

## CONTROL FÉRREO, ESTABILIDAD PRECARIA, PAZ IRREAL

Desde la segunda intervención, la administración rusa contó con un gran consenso social y una fuerte complicidad internacional respecto a Chechenia. Oficialmente, el conflicto terminó en 2003, aunque se han mantenido áreas del sur de la región fuera del alcance de las fuerzas rusas. Por otra parte, los enfrentamientos por toda la República se mantuvieron de un modo más o menos permanente hasta 2005. En este período (1999-2005) se documentaron 2.335 bajas por la acción de las fuerzas federales entre población no combatiente, además de 1.476 desaparecidos, 10.304 personas fueron sometidas a malos tratos o tortura, 1.632 fueron gravemente heridas y 20.234 fueron detenidas de modo arbitrario e ilegal, siempre a causa de las acciones del bando federal. En el mismo período, murieron 784 personas no combatientes por acciones del bando checheno (676 en atentados fuera de Chechenia), cuatro desaparecieron, 2.029 fueron sometidas a tratos crueles y tortura, 2.058 sufrieron graves lesiones y 2.039 fueron detenidas ilegalmente, en estos casos en manos de fuerzas chechenas (Dmítrevski *et al.*, 2009).

Desde 2002, por otra parte, la guerrilla chechena (o caucásica) ha diversificado sus métodos con la realización de secuestros y matanzas masivas, ante lo cual las autoridades del Kremlin han reaccionado con no menos brutalidad, lo que ha dado como resultado la muerte de cientos de guerrilleros y rehenes en el teatro de la calle Dubrovka de Moscú (2002) o en la escuela primaria de Beslán (2004), por citar los que han tenido mayor repercusión mediática e internacional. Las acciones contraterroristas del Kremlin han recibido un fuerte apoyo por parte de una sociedad rusa atemorizada ante acciones que se presentan frente a la opinión pública como bárbaras y crueles; ello ha contribuido a exacerbar el ya existente estereotipo negativo hacia los caucásicos, que sufren una frecuente discriminación e incluso persecución en las ciudades rusas. Las tácticas terroristas de la insurgencia chechena han servido para justificar una fuerte represión sobre la población caucásica dentro y fuera de la región, represión que ha recibido la comprensión y el apoyo de gran parte de la opinión pública de la sociedad rusa. Ello se debe, en gran parte, a una gran ofensiva mediática en la que la administración rusa presenta como inevitable una reacción férrea e inflexible ante una guerrilla incontrolada y deshumanizada (Vázquez

Lián, 2005). Esta acción propagandística se ha visto acompañada por acciones represivas hacia cualquier fuente contraria de información, a menudo en forma de asesinatos. Por ello, los periodistas y los activistas en defensa de los derechos humanos han sido las principales víctimas, además de abogados y jueces implicados en investigaciones de crímenes. Estos crímenes, algunos de los cuales han tenido fuerte repercusión internacional, como el asesinato de Anna Politkóvskaya en 2006, son difícilmente atribuibles a la administración del Estado ruso, pero en muchos de los casos la pista se pierde en grupos cercanos a la administración oficial de la República chechena. En cualquier caso, el denominador común de estos crímenes es que casi todos ellos han quedado impunes (ibídem).

Una vez *pacificada* Chechenia, se ha impuesto su *normalización*. En febrero de 2007, el presidente Putin nombró a Ramzán Kadírov, que acababa de cumplir la edad reglamentaria de 30 años, presidente de la República de Chechenia. Kadírov es hijo de otro presidente checheno y gran muftí de la República asesinado en 2004; este era también conocido entre la población chechena por ser el antiguo director de la policía local, a quien se le atribuían numerosos saqueos, violaciones y asesinatos, y por mantener un fuerte odio hacia amplios sectores de la sociedad chechena susceptibles de oponérsele. Ramzán Kadírov ha mantenido la represión existente sobre la insurgencia y sobre gran parte de la sociedad chechena, pero se ha sabido presentar como una cierta solución de compromiso. Así, ha satisfecho algunas demandas chechenas, como la exigencia de retirada de las tropas federales rusas más implicadas en abusos sobre la población civil, e incluso ha hecho concesiones al contenido religioso de la administración chechena, reconociendo la legalidad de la sharia y celebrando públicamente las festividades islámicas, con lo que, *volens nolens*, reproduce la radicalización religiosa de la guerrilla, más que de la sociedad chechena propiamente dicha.

La insurgencia ha mantenido una presencia testimonial durante años, con esporádicas acciones de efecto pero sin grandes victorias. Ha ido radicalizando sus posiciones ideológicas, adaptándose al integrismo islámico y rechazando cada vez más un ámbito propiamente checheno para reivindicar el marco pancaucásico: a partir de 2007, la auto-denominada República de Ichkeria cambia su nombre por Emirato del Cáucaso. Su líder, Doku Umárov, anunció a fines de 2009 el retorno a las acciones que tenían como objetivo a la población civil rusa, considerada cómplice de la represión en Chechenia. En efecto, en diciembre de ese año se produjo un atentado contra el tren rápido *Neviski Express* entre Moscú y San Petersburgo, con el resultado de 27 muertos. En marzo de 2010, otro atentado, esta vez en el metro de Moscú, causó 39 víctimas. Al mismo tiempo se retomó la práctica de atentados suicidas en Daguestán y otras regiones caucásicas, que dejaron tras de sí un rosario de cadáveres y justificaron una nueva oleada represora; por vez primera, Putin y Medvédev criticaron a Kadírov por ser incapaz de controlar la situación en su República. En cualquier caso, si había existido una auténtica sensación de pacificación que podría propiciar la normalización de la región, desde luego se ha perdido con la reanudación de los atentados. El mínimo interés que podría haber existido en el Kremlin para

suavizar la presión sobre la población civil o para controlar los desmanes de las fuerzas de Kadírov ha quedado pospuesto una vez más. Los sectores del Kremlin más afines al estamento militar, al patriotismo y a la mano dura en el Cáucaso, los llamados *siloviki*, parecen controlar ahora la agenda chechena de la administración rusa.

En cuanto a los sentimientos de los propios chechenos, no resulta fácil su análisis. Prácticamente todos los líderes chechenos, desde el mítico Dzhojar Dudáyev (1996) hasta el prorruso Ajmad Kadírov (2004), el moderado Aslán Masjádov (2005), su adversario Zelimján Yandarbáyev (2004), el religioso Abdul-Jalim Saduláyev (2006) o el guerrillero Shamil Basáyev (2007), han muerto asesinados en situaciones extremas y a menudo misteriosas. Ello ha dejado una fuerte crisis de liderazgo que deja a la sociedad chechena carente de referentes y disciplina. La aparente unidad conseguida en los noventa en torno a Dudáyev se debía a un acuerdo implícito entre los grupos tribales y clánicos de la región, que aceptaron como líder a un miembro de un clan menor como solución a las tensiones entre los clanes más aristocráticos (Tiskhov, 2004). Pero desde entonces se han reproducido los enfrentamientos internos entre grupos de intereses chechenos. Solo así podemos entender algunos cambios de bando como el del propio Ajmad Kadírov, que luchó contra las tropas rusas en 1994 y al lado de estas cinco años más tarde. La sociedad chechena se ha visto en medio de un fuego cruzado entre un sector partidario del retorno a la fidelidad rusa, que ha actuado sin piedad contra sus adversarios reales y potenciales, y una insurgencia cada vez más dividida y radicalizada. Es difícil encontrar una identificación absoluta de la mayoría de los chechenos con los ideales pancaucásicos, el integrismo islámico o incluso el proyecto independentista de los actuales líderes guerrilleros, culpables en cualquier caso de numerosos crímenes contra la población civil. Pero las fuerzas leales a la administración prorrusa, los llamados *kadirovtsy*, han actuado en todo momento como una fuerza impuesta consciente de su impopularidad y de la necesidad de subyugar a una sociedad que ha sido tratada como vencida. Los referéndums y las elecciones han sido sistemáticamente opacos a pesar de la supervisión internacional e incluso nacional, de modo que Chechenia sigue siendo la región de la Federación Rusa con menor transparencia democrática; ello da como resultado unas victorias más que sospechosas de todas las opciones vinculadas al presidente Razmán Kadírov.

La reconstrucción posbélica de Chechenia ha obedecido a las pautas de clientelismo y corrupción que han caracterizado a la administración Kadírov, favoreciendo a una élite ya constituida y descuidando a los sectores más necesitados. Desde la declaración oficial del fin del conflicto, en 2003, las autoridades federales se han negado a asistir a la población refugiada, que se ha visto así obligada a retornar a un territorio apenas pacificado y con una economía lejos de estar reconstruida. Ello ha agudizado la situación de necesidad en un paisaje posbélico y represor que ha perpetuado las injusticias sociales y económicas y dificulta una recuperación real de la región, que presenta altos índices de pobreza estructural (Chelysheva, 2008).

## CONCLUSIÓN: ¿HASTA DÓNDE LLEGA LA RESPONSABILIDAD DEL ESTADO RUSO?

El papel de las autoridades federales rusas en esta situación ha sido fuertemente cuestionado. Hasta 2007 el Kremlin mantenía un fuerte control político y militar sobre la región y las fuerzas federales eran responsables, en gran medida, de la represión sobre la población civil y del deterioro de la economía y la administración local. A partir de esa fecha, sin embargo, Moscú ha reconocido la presidencia de Kadírov y con ello ha delegado la administración a un sujeto que, aunque controvertido, cuenta con fuertes complicidades locales. Esta decisión, por supuesto, ha dado a Putin una pátina democrática y sensible hacia las exigencias locales. Con la retirada parcial de las fuerzas federales, además, el Kremlin se ha desentendido de la actividad represora o de la desidia organizativa, que han quedado en manos chechenas. Solo con la reactivación del terrorismo checheno fuera de las fronteras de la República, en 2009, se revivió la presión desde Moscú para interferir en los asuntos internos de Chechenia. Sin embargo, Kadírov se siente seguro en su feudo y no duda en acudir al discurso reivindicativo cuando se pone en duda su autoridad local.

Las presidencias de Putin y, sobre todo, de Medvédev han pretendido alejarse del polvorín checheno subarrendando la administración –y por ende la represión– a un actor local con claros intereses y un área clientelar definidos. Ello ha permitido dar una imagen más limpia y participativa a una administración rusa que ha sido vilipendiada por sus carencias en materia de derechos humanos y que se autodefine como totalmente democrática. Sin embargo, la responsabilidad de los mandatarios rusos no se detiene en las fronteras chechenas, como tampoco lo hace el obligado cumplimiento de los compromisos internacionales que ha firmado Rusia (Sainz, 2008). En primer lugar, el hecho de descuidar la administración de una región de la Federación Rusa y permitir que haya un gobierno caciquil y despótico impregna la imagen de la administración en su conjunto; difícilmente podemos calificar a un Gobierno de democrático y respetuoso con los derechos humanos cuando no lo es en todo el territorio bajo su control y responsabilidad. En segundo lugar, la cadena de amenazas, desapariciones, secuestros y asesinatos que afecta hasta nuestros días a numerosos periodistas y defensores de los derechos humanos, tanto en el Cáucaso como en las principales ciudades rusas, empaña los intentos del Kremlin de limpiar su imagen de autoritarismo; aun admitiendo que la administración no es responsable de estos hechos, la desidia de los sectores policial y judicial para evitarlos apunta a, cuando menos, una inacción cómplice desde las altas esferas del Estado (Politkóvskaya, 2007). Por último, y tal vez más grave, el Estado ruso ha permitido, y en algunos casos ha estimulado, la estigmatización del colectivo caucásico que se ha visto caracterizado como ciudadanos de segunda clase, con sus derechos

democráticos merendados en su región de origen y como emigrantes víctimas de discriminación estructural cuando se desplazan al resto de Rusia, a pesar de ser ciudadanos del mismo Estado. Se produce una situación de estigmatización creciente del colectivo, que las administraciones permiten en gran medida porque reflejan un inconsciente colectivo muy extendido y no muy lejano al ideario de los líderes políticos rusos actuales.

Chechenia sigue siendo una problemática mal resuelta para la administración rusa. Las carencias democráticas en esta región y en el trato hacia los que se interesan por la misma son, como he dicho, reflejo de una actitud no democrática de un Gobierno, el ruso, que se proclama democrático. El problema caucásico sigue siendo el gran lastre para conseguir que Rusia se convierta en un Estado moderno y respetuoso hacia todos sus ciudadanos. Pero no puede haber excepciones al cumplimiento del Estado de Derecho, o este entonces deja de serlo para convertirse en un Estado autoritario con, eso sí, pretensiones de formar parte de un conjunto de naciones libres formadas por ciudadanos libres.

#### Referencias bibliográficas

- CUCÓ, Alfons. "Repercusiones internacionales del conflicto checheno. La Federación Rusa y el Consejo de Europa". En: Flores Juberías, Carlos (ed.). *Estudios sobre la Europa oriental*. Valencia: Universitat de València, 2002. P. 465-468.
- CHELYSHEVA, O. "La población civil como víctima del conflicto de Chechenia. La vulneración de los derechos humanos". En: Serra, Francesc (coord.). *Chechenia, rompamos el silencio*. Barcelona: Ed. Icaria-Antrazyt, 2008. P. 157-192.
- DMÍTREVSKI, S.; CHÉLISHEVA, O. y GAVRELI, B. *¿Quién es el responsable? Crímenes de guerra en Chechenia*. Sabadell: Ed. Lliga dels Drets dels Pobles, 2009. P. 17-25, 33-41.
- EVANGELISTA, M. *The Chechen Wars: Will Russia Go the Way of the Soviet Union?* Washington DC: Brookings Inst. Press, 2003.
- POLITKÓVSKAYA, A. *La consciència moral de Rússia*. Barcelona: Ed. Aresta SC, 2007.
- SAINZ, N. "Una década de posguerra fría en el Cáucaso: las guerras de Chechenia". *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59 (2002). P. 63-72.
- "Las guerras en Chechenia y las organizaciones internacionales: de la realidad, la retórica y el olvido". En: Serra, Francesc (coord.). *Chechenia, rompamos el silencio*. Barcelona: Ed. Icaria-Antrazyt, 2008.
- SERRA, F. *Rusia, la otra potencia europea*. Barcelona: Ed. CIDOB Edicions, 2005. P. 131-156.
- SERRA, F. (coord.) *Chechenia, rompamos el silencio*. Barcelona: Ed. Icaria-Antrazyt, 2008.
- TAIBO, C. *El conflicto de Chechenia*. Madrid: Ed. La Catarata, 2004. P. 218-223.
- TISKHOV, V. *Chechnya; life in a war-torn society*. Berkeley: University of California, 2004.
- VÁZQUEZ-LIÑÁN, M. *Desinformación y propaganda en la Guerra de Chechenia*. Sevilla: Ed. Padilla, 2005.